ANTONIO LOPEZ MONÍS

La Hoja de Parra

REVISTA EN UN ACTO CON MUSICA DE

EDUARDO FUENTES

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
PRADO, 24
1921

LA HOJA DE PARRA

La Hoja de Parra

REVISTA EN UN ACTO

DIVIDIDO EN UN PRÓLOGO, TRES CUADROS
UN APOTEOSIS Y UN INTERMEDIO, EN PROSA Y VERSO,
ORIGINAL DE

Antonio López Monís

MÚSICA DEL MAESTRO

EDUARDO FUENTES

Estrenada en el Teatro Martín el día 17 de diciembre de 1921.



MADRID
IMPRENTA HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ
Libertad, 16 duplicado, bajo.
1921

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES

PRÓLOGO

El actor.....................	Sr. Paredes.

Cuadro primero.—CHISTE ATREVIDO

La del couplet...............	Srta. Paisano.
La de la media lengua.........	» Monterde.
Una que va de compras......	» López (M.)
Una que va de pesca........	» Aceña.
Vendedoras del amor...	» Aceña.
	» Nieva.
	» López (M.)
Una modistilla..............	» López (M.)
Pajuela.............	Sr. Videgaín.
Casimiro...	» Rodríguez.
Camarero.................	» Castejón.
El de la media lengua........	» Heredia.
Un pollito.........	» Loygorri.
Paleto 1.º..................	» Carro.
Paleto 2.º..................	» Gálvez.
Guitarrista...............	» Aguado.
Violinista........	» Díez.
Guardia 1.º.....	» Carro.
Idem 2.º.................	» Gálvez.

Transeuntes coro general.

Cuadro segundo.—ASUNTO ESCABROSO

Fe..............	Sra. Labrador.
Mercedes...	Srta. Santoncha.
Tadeo........	Sr. Videgaín.
Expedito...........	» Heredia.
Un mozo.................	» Aceña.

PERSONAJES	ACTORES

Cuadro tercero.—TRAJE LIGERO

Una paleta.	Srta. Palsano.
Vendedoras de caramelos.....	» Santoncha. » Monterde. Sra. Labrador.
Las Evas modernas...	Srta. Nieva. » Aceña. » Montero. » Bellver. » Vallejo.
El actor.	Sr. Paredes.
Isabelo.....................	» Heredia.

APOTEOSIS

Todos los personajes de la obra.

Decorado nuevo de los escenógrafos GARCÍA y ROS.

Vestuario confeccionado por JULIO PÉREZ

PRÓLOGO

Al terminar el preludio, por uno de los lados del telón, EL ACTOR, vestido de frac, aparece y dice lo siguiente.

Señoras y caballeros:
Salgo a decir dos palabras
antes de que ustedes vean
esta revista, o gansada,
o juguete, o como ustedes
le llamen: «La hoja de parra».
Aunque parezca mentira,
esta obra disparatada
tiene una tesis; la tiene,
tesis amable y simpática,
quizá un poco jesuítica,
pero también muy humana.
En este mundo se puede
llegar a todo, ¡palabra!;
los chistes más verdes, las
escenas más descarnadas,
los trajes más atrevidos,
todo, con tal de que haya
manera de disfrazarlos
cuando del límite pasan.
Hacer chistes indecentes
y escenas desvergonzadas,
sacar mujeres desnudas
sólo halagando las bajas
pasiones, no debe hacerse,
que eso no conduce a nada.

En cambio, si con el arte
las verduras se disfrazan,
y con un poco de ingenio
se sazonan las burradas,
todo se puede decir
sin protesta de las masas.
Y eso es lo que se han propuesto
los autores de esta farsa.
Un cuadro de atrevimientos
de lenguaje y de palabras,
otro de asunto escabroso
y otro de mujeres guapas
y ligeritas de ropa,
la apoteosis obligada
y pare usted de contar.
La cosa es sencilla y llana.
Al terminar cada cuadro,
cuando el ingenio se acaba
y a los límites debidos
lleguen hechos o palabras,
que ninguno se impaciente
ni sienta temor ni alarma;
caerá un telón muy bonito,
que será la hoja de parra;
la moral se habrá salvado,
y aquí no ha pasado nada.
Como de antemano cuento,
con vuestro perdón, mil gracias.
Muy buenas noches a todos
y empieza «La hoja de parra».

Hace mutis por el telón y éste se levanta para el

CUADRO PRIMERO

CHISTE ATREVIDO

La fachada del Café Colonial, viéndose en el telón de foro la puerta y las ventanas del café y la entrada a Teléfonos. En primer término izquierda un trasto que figura un coche de punto, cuyo caballo se supone entre cajas. Son las doce de la noche y las luces de la fachada están encendidas. Un rompimiento en la embocadura en cuya parte superior se lee un rótulo, iluminado con luz verde, que dice: «Chiste atrevido». Al levantarse el telón el coro general va de un lado para otro: se supone que está lloviznando y algunos llevan abiertos los paraguas.

Música.

ELLOS. Vámonos pa casa
que ya está lloviendo.
ELLAS. ¡Qué agua tan guasona
la que está cayendo!
ELLOS. Pero si parece
que no llueve na.
ELLAS. Lloverá muy poco,
pero estoy calá.
ELLOS. No sé por qué tienes
tanto miedo al agua,
cuando lo que quieres
es lucir la enagua.

ELLAS. Vámonos pa casa,
no protestes más,
que en casa conmigo
mejor estarás.

(Sale una parejita muy cogida del brazo con el paraguas abierto.)

POLLI. Anda, cielo mío,
¿tomamos el coche?

MODIS. ¡Si no llueve nada!
¿Pa qué ese derroche?

POLLI. Si es para abrazarte
dentro del vehículo.

MODIS. Anda, ya no llueve,
no hagas el ridículo.
Cierra el paraguas.
Vamos al café.

POLLI. Anda, que otra noche
ya te lo diré.

(Salen tres mujeres vestidas: una con sombrero llamativo, otra con traje de calle y velo y otra con mantón negro de crespón.)

LAS TRES Vendedoras del amor,
mariposas del deseo,
tras un rápido himeneo
vagamos de flor en flor.
Cuando la noche tiende su manto,
cuando la sombra vela mi encanto,
de nuestro nido, triste y sombrío,
salimos todas para ofrecer
al caminante que lleva frío
el dulce fuego que da el placer.
En los labios,
la sonrisa,
que es divisa
y es señuelo
de pasión,
y en los ojos, una flecha,
que derecha
va a clavarse al corazón.

La figura cimbreante
y ondulante
con dulcísimo vaivén,
y la falda recogida,
bien ceñida
en la forma que aquí ven.
No hay un hombre
que al mirarnos no se asombre
de esta voluptuosidad,
y en el celo
muerden todos el anzuelo
con frenética ansiedad.
¿Verdad que sí?
Mire usté aquí,
y aquí,
y aquí.
Vamos a ver
si alguno de ustedes
lo quiere morder.
Con mi dulce balanceo
a vagar de flor en flor,
mariposa del deseo,
vendedora del amor.

(Mutis las tres con el bis del número.)

Hablado.

Sale por la derecha una muchacha muy bien vestida y con el vestido tan recogido, que va luciendo toda la pantorrilla, calzada con una finísima media de seda y un zapato lujoso. Entra en Teléfonos. Detrás de ella sale CASIMIRO, un viejo muy acicalado y con aspecto de sátiro que le va mirando las pantorrillas a la muchacha y que se queda a la puerta de Teléfonos cuando aquélla entra. La forma en que va mirando las piernas da idea de la lubricidad de CASIMIRO, a quien materialmente se le salen los ojos de las órbitas.

CASIM. ¡En qué tiempos vivimos! ¡Si mi mujer levantara la cabeza y viera cómo se ha puesto esto! ¡Que se ha puesto que es un escándalo esta vida de hoy tan libre, con

estas mujeres que hay que ver cómo se visten! ¡Es decir, hay que ver cómo se desnudan, porque llevan menos ropa que un quiriqui! Y es lo que dirán ellas: cuanto menos hojas tenga el libro, más pronto se aprende la asignatura. Esa ha ido a ponerle un telefonema al novio. (Vuelve a mirar impaciente por los cristales.) ¡Ay, se inclina! ¡Cómo se le dibuja la forma y cómo se le ve la línea! Bueno, la línea es poco; se ve la línea y el Peñón de Gibraltar. Yo la espero, porque a esa voy a ponerle yo uno con contestación pagada. Bueno; es que tiene unos pies y otras cosas más arriba de los pies, y otras... otras veces tenía yo más vergüenza; pero es que no hay ser humano que se resista, porque enseñan más que en la escuela. (Sigue mirando y paseándose muy nervioso. Por la izquierda del actor aparecen dos paletos, que quedan parados ante el café y mirando, con mucha curiosidad, al interior del mismo.)

PAL. 1.° Oye, ¿esto es el Colonial?

PAL. 2.° ¿Aquí es aonde vienen esas que fuman?

PAL. 1.° Aquí.

PAL. 2.° ¡Chiquillo, habrá cosas en el mundo! (Mira y dice señalando a la que se supone que ha visto.) ¡Mia aquélla! ¡Miá aquélla!

PAL. 1.° Anda, amos pa dentro. (Tira del paleto segundo, que se resiste.)

PAL. 2.° ¡Jú, jú, jú! Yo no paso.

PAL. 1.° Entonces, ¿pa qué hemos venío a los Madriles?

PAL. 2.° Pues a mí me pones al lao de la más gorda.

PAL. 1.° Anda y no seas bruto, y cuando pongan la cerveza no te comas la redondela esa que ponen debajo.

PAL. 2.° Pues ¿pa qué la ponen?

PAL. 1.° Eso es pa chuparlo na más, so bruto. (Mutis.)

CASIM. ¡Qué mujer, Dios mío, qué mujer! Pues ¿y esta que viene? ¡Mi bondadosa madre, qué cuerpo y qué meneíto se trae! (Sale una que va de pesca; al pasar la aludida le hace Casimiro casi al oído.) ¡Ay!

ELLA. (Parándose.) ¿Qué hay?

CASIM. Hay que... (Caramba, que no contaba con esto.) ¿Hay inconveniente en que la acompañe? (Le va a echar mano y ella le sujeta.)

ELLA. Quieto, que se chafa el guá. (Inicia el mutis con mucha burla.)

CASIM. ¡Oiga! ¿La acompaño?

ELLA. ¡Valiente murga! (Mutis. Cuando se va detrás le detiene la que entró en Teléfonos, que salió momentos antes.)

LA DE C. Oiga, señor. ¿La Carrera de San Jerónimo?

CASIM. (Indicándole el camino que lleva la otra muchacha.) ¿La Carrera de...? Por ahí. Siga usted detrás de aquella joven que lleva el mismo camino; va derecha a la Carrera.

LA DE C. ¿De verdad?

CASIM. Completamente derecha, le estoy diciendo.

LA DE C. Ancianito, muchas gracias. (Mutis.)

CASIM. ¡Mi madre! Tiene una nube en cada ojo. ¿Ancianito yo? Bueno, por lo pronto no las pierdo de vista... y si las pierdo, peor para ella. (Mutis. Sale el camarero del Colonial con bandeja y servicio de café y un sifón en la mano.)

CAMAR. (Llamando.) ¡Pajuela! ¡Pajuela!

PAJUE. ¿Qué? (Saliendo.)

CAMAR. Aquí tienes ya el café. (Pajuela es el amo del coche que hay en escena y es un cochero muy castizo.)

PAJUE. ¿Has tardao tú algo? (Amenazándole.)

CAMAR. Perdona, hombre; es que no se pué atender a tó.

PAJUE. Bueno; haz el favor de prepararme el café

mientras pongo la tablilla a relevar, a ver si me dejan tranquilo, que llevo un día de perros. ¡Me han dao un disgusto! (Va a poner la tablilla.)

CAMAR. ¿Cuántos terrones te echo?

PAJUE. Echame tres. (El camarero se sienta en la trasera del coche, se pone la bandeja con el servicio sobre las piernas, sirve el café y le echa los tres terrones. Vuelve el cochero.)

CAMAR. ¿Y qué te ha ocurrío, si pué saberse?

PAJUE. Pues verás; que me alquiló esta mañana una parejita muy amartelá, que tenían cara de no venir a na bueno; agárrate; oigo que al subir al coche le dice ella a él... (Mientras ha estado hablando ha meneado el café, y en este momento lo prueba, haciendo un gesto de desagrado.) ¡Anda, échame otro! (El camarero le echa otro terrón y el cochero vuelve a menear mientras sigue hablando.) Oigo que le dice: Tuya o del sarcófago.

CAMAR. Oye, ¿y quién será el Sarcófago?

PAJUE. Algún chulo debe ser. Bueno, pues que se meten en el vehículo y que me subo al pescante escamao, pongo oído y escucho que me dicen: Tira pa el canalillo.

CAMAR. Eran dos frescos.

PAJUE. Eran dos enajenaos por mor de unos amores. Yo arreé para el canalillo mú escamao y sin perder ni chispa de lo que pasaba, y sentía suspiros y algo así como sonar de ósculos.

CAMAR. ¡Arrea!

PAJUE. Eso decían ellos; pero yo pegué un salto en el pescante, abro la portezuela, miro...

CAMAR. ¿Y qué?

PAJUE. Me quedé de carraca. Ella estaba medio desvanecida, con el pecho jadeante, la boca entreabierta, los ojos adormilados... (Empiezan a sonar las cafeteras.) Pero, ¿qué te pasa?

CAMAR. Que me estás haciendo una pintura que me desmorono. Tú, que describiendo esculpes, y yo que tengo una imaginación... ¡vamos, que hasta se me ha subío el pavo! Continúa.

PAJUE. Bueno; me los encuentro, ella, como te digo, en esa postura, y él con un brazo rodeándola el talle, y agárrate, estaba preparao.

CAMAR. ¡Jesús! (Vuelven a sonar las cafeteras y aprieta el sifón.)

PAJUE. Con una pistola que tenía un cañón así de largo. Al verme, grita: ¡Cochero, si das una voz has hecho tu última carrera. Al canalillo, y echemos un velo sobre esto!

CAMAR. ¿Y qué?

PAJUE. El estaba dispuesto a todo; pero yo tenía miedo, porque es lo que me decía: estos van a matarse al canalillo. ¿Y si antes de llegar al canalillo se disparan en el coche? Pues fuí, y en cuanto vi a un guardia di parte. ¿Y pa qué di parte? Me han tenido de comi en comi y no me han pagao, y aqní me tienes cansao y fastidiao y sin haber cenao.

CAMAR. Pues anda, toma. (Le echa de la cafetera la leche.) Sí que estarás fastidiao, porque eso que me cuentas...

PAJUE. (Por la que le ha puesto.) Es una leche riquísima.

CAMAR. Anda, hombre, y tómala, que estarás estenuao con tanto disgusto.

PAJUE. Es que tengo una suerte... (Sigue bebiendo. Sale una pareja, que no es de Seguridad, ni muchísimo menos.)

ELLA. Mira, ahí hay uno desalquilao. ¿Lo tomamos?

EL. Lo que tú quieras, vida.

PAJUE. Oye, me he quedao con gana. ¿Quieres sacarme un bocadillo de ternera?

CAMAR. Apenas tiés guasa. Voy.

PAJUE. Anda, hombre, y aligera, que estoy estenuao. (El camarero hace mutis.)

EL. ¡Cochero! (Se acerca al coche) A Parisiana corriendo. (Pajuela los mira y sonríe burlón.)

PAJUE. ¡Ajai qué gracia! ¿Conque a Parisiana corriendo? Pues van ustedes a llegar muy cansáos.

ELLA. Está guasón el auriga.

EL. Vamos, arrea.

PAJUE. Ustés perdonen; pero es que no llevo más parejitas ni por una apuesta.

EL. Pero, ¿qué dice este hombre?

PAJUE. Que uno es de carne y hueso, y ustés me entienden, y que, vamos, no llevo más parejitas.

ELLA. Usted nos lleva, pero que ahora mismo.

PAJUE. Bueno, no hay que chillar. Subirse uno al pescante; si no, no hay de qué.

EL. Oye, fíjate. Yo soy mal fisonomista. ¿Sería éste el que nos llevó la última vez a Casa de Juan a comernos los callos? Porque está con la mosca en la oreja. ¿Sería éste?

PAJUE. ¿Volvieron ustés andando?

ELLA. No, señor.

PAJUE. Entonces no fuí yo.

EL. No es él. Aquél estuvo muy amable. ¿No ves que le convidamos a callos?

PAJUE. Pues si no tocan ustés las palmas y cantan tóo el camino, con callos y tóo se vuelven andando. Esto de las parejitas es un engorro.

ELLA. Pues usted nos ha equivocado. Nosotros somos unos artistas. Trabajamos en Parisiana, y como está retirado, por eso tomamos el coche.

PAJUE. ¡Conque artistas!

EL. Sí, hombre; un duetino.

PAJUE. Eso ya me gusta, pa que ustedes vean.

Con lo que a mí me gustan las varietés. Si fuera verdá eso, hasta gratis los llevaba, miá tú.

ELLA. Oye, venga de ahí, que es nuestro.

Música.

ELLA. Este chico es tarta,
este chico es tarta,
este chico es tartamudo.
EL. Esta habla con difi,
esta habla con difi,
habla con dificultad,
LOS DOS. Y un cuplet con me... me...
y un cuplet con media lengua
vamos a cantar.

I

ELLA Don Ra... Ra...
EL. Don Ra... Ra...
LOS DOS. Don Ramón tiene ya barba blanca.
ELLA. Y que... que...
EL. Y que... que...
LOS DOS. Y queriendo ocultar su vejez.
ELLA. Ca... ca... ca...
EL. Ca... ca... ca...
LOS DOS. Cada vez que va a ver a su novia.
ELLA. Se la ti ..
EL. Se la ti...
LOS DOS. ¡Maldita tartamudez!
Se la tiñe con humo de pez.
Cualquier cuplet inocente
con tartamudez,
resulta fijamente
una desfachatez.

II

ELLA. En un ba...
EL En un ba...
LOS DOS. En un baile la pobre Remigia...

ELLA. Malamen...
EL. Malamen...
LOS DOS. Malamente con Paco riñó.
ELLA. Porque qui...
EL. Porque qui...
LOS DOS. Porque quiso tirarle un pellizco.
ELLA. En el cu...
EL. En el cu...
LOS DOS. ¡Maldita tartamudez!
En el cuarto donde la encerró.
Cualquier cuplet inocente
con tartamudez,
resulta fijamente
una desfachatez.

Hablado.

LOS DOS. Conque andando.

PAJUE. Ahora menos Después de haber oído lo de... (Canta el estribillo.) Vamos, ni poniendo focos dentro del coche.

EL. Pues sí que está bueno el cochero.

ELLA Si esto no es un cochero. Esto es la presidenta de las madres cristianas.

EL. Anda y tomaremos otro. (Mutis. Sale el camarero.)

CAMAR. Pajuela, aquí tienes el bocadillo.

PAJUE. Gracias, hombre. ¿No sabes?

CAMAR. ¿Qué?

PAJUE. Otra parejita que se me ha querío montar.

CAMAR. Tié gracia; es que te persiguen.

PAJUE. Mi mala estrella. Pero yo no llevo más jovencitos, aunque me monden.

CAMAR. Haces bien. La moralidaz lo primero.

VOZ. ¡Pajuela!

PAJUE. Aguarda un momento. (Vase.)

CAMAR. Yo creo que desagera. Porque ¿tié más que colarse la gorra en la cabeza y decir: «Dios mío, que sea uno honrao... y los

demás vivan como quieran, y vamos arreando?» Es que no cordinan.

PAJUE. (Volviendo muy triste.) ¿Estás viendo mi mala pata?

CAMAR. ¿Qué te pasa ahora?

PAJUE. Que han venío a avisarme que mi mujer está con el nervioso. Otra atascaera que hemos tenío.

CAMAR. Pero, ¿seguís con esas camorras?

PAJUE. ¡Anda, anoche la tuvimos floja!

CAMAR. ¿Otra vez?

PAJUE. Y toas las noches. Antes de ayer, un disgusto que no cenamos, y se metió en la cama con un accidente, y anoche llego y me la encuentro en la cama con otro, y tó por una tontería.

CAMAR. Pero, chiquillo, ¿qué le pasa a tu mujer?

PAJUE. Na; que me tiene mú harto. La tengo atravesá aquí, aquí. Además es catalana, y cá vez que la pregunto: ¿dónde has puesto esto o lo otro?, y me responde: «Me lo miraré». ¡Vamos, que me vuelvo loco!

CAMAR. Tus motivos tendrás. Voy a llevar este servicio, que cuando llegue el café a su destino...

PAJUE. Lo tienen que tomar ya con barquillos.

CAMAR. Adiós, Pajuela. (Medio mutis.)

PAJUE. Adiós, hombre. Me voy pa el coche, que ya empieza a salir la gente de los teatros. Voy aquí, a la calle de Tetuán, a esperar a un parroquiano.

CAMAR. ¿Quién es?

PAJUE. Un canónigo que viene todas las noches a Chantecler a ver a la Chelito. (Mutis de los dos. Empieza a salir, en efecto, el público de los teatros, y la escena se va llenando de gente. Por la derecha salen La del cuplet, El guitarrista y El violinista, que son tres tipos callejeros; detrá

de ellos vienen los Guardias 1.° y 2.°, que les llaman la atención.)

GUA. 1.° ¡Eh! ¡Eh!

GUA. 2.° ¿Dónde van ustés?

LA DEL C. Vamos a dar aquí un concierto.

GUA. 1.° ¿Pero no sabéis que el alcalde ha prohibido los conciertos al aire libre?

LA DEL C. Pues ya podían ustés decirle al alcalde que procurara tener las calles transitables; que no les dejara a ustés montarse a racimos en las plataformas de los tranvías; que metiera en cintura a los panaderos pa que comiéramos el pan caliente tós los días; que a éste (Por el violinista.) cuando no está caliente no se le puede aguantar; que tomara sus medidas pa que no nos subieran la carne tós los días, que a mí el que me sube la falda por las mañanas me la sube cá día más, y que no quiero decirle na del precio de los huevos, porque a este paso dentro de poco ni los tengo yo, ni los tienen ustés, ni los va a tener el alcalde. Pero que no se meta con unos pobres industriales que se ganan la vida honradamente pa ir reuniendo y poder pagar el inquilinato.

GUA. 1.° Bueno, no seas tan descarada, o te llevo a la Comisaría.

LA DEL C. Además, no vamos a cantar más que un cuplé, el de la Lulú, ese que está ahora tan en boga. Ustés lo sabrán también. ¿Lo canto?

TODOS. ¡Sí, sí!

GUA. 2.° ¿Qué hacemos, tú?

GUA. 1.° Dejarla, que la chica tiene razón.

GUA. 2.° Anda y que canten lo que quieran. (Mutis los dos.)

LA DEL C. ¡El bonito cuplé de la Lulú! ¡Las dos partes por una perra chica! ¿A quién le doy las dos partes?

Música.

I

Es Lulú una chica
de una excesiva frialdad,
y jamás le pic,a
le pica la curiosidad.
Sus enamorados
su pecho quieren encender,
y desesperados
no la han podido convencer.
Y ayer oí
que uno dijo así:
Lulú,
Lulú,
estás haciendo el bú;
jamás hallé mujer
tan fría como tú.
Y la Lulú
le dijo sin tardar:
si quieres calentarme
me tienes que rascar.

II

Hoy una gitana
su suerte quiso adivinar
y ella muy ufana
le dió su mano sin tardar.
Con una moneda
rayas y signos dibujó,
y de la gitana
la predicción me horrorizó,
pues la cañí
fué diciendo así:
Lulú,
Lulú,
no vi, por mi salú,
quien tenga un porvenir

tan negro como tú.
Y la Lulú
tranquila respondió:
pues si lo tengo negro,
¿qué voy a hacerle yo?

(Mucha animación en el coro, que le compra algunos cuplés, que ella no deja de pregonar.)

Mutacion.

CUADRO SEGUNDO

ASUNTO ESCABROSO

El rompimiento cambia el letrero iluminado por el título de este cuadro: «Asunto escabroso».

La escena representa un gabinete comedor de una casa burguesa. En el centro, una mesa y sillas a su alrededor para comer tres personas. Al foro izquierda, puerta que da al exterior y, a la izquierda, un aparador de comedor. En la izquierda dos puertas: la primera es de la habitación de EXPEDITO, y la segunda de la de MERCEDES. A la derecha, una puerta que conduce a la alcoba de DOÑA FE. Aparato de luz encendido, pendiente del techo sobre la mesa. Por la habitación, cuadros, muebles, cortinas y, entre todo ello, una «chaise longue» o sofá para dos personas.

Al levantarse el telón entran por el foro EXPEDITO y UN MOZO DE ESTACIÓN con un baulito a cuestas. En escena están DOÑA FE y TADEO. Acompañando al recién llegado viene MERCEDES.

MERCE. ¡Por aquí, por aquí!

EXPED. ¡Don Tadeo! (Va a él y lo abraza.)

TADEO. ¡Expedito! Caramba, creí que ya no venías hoy.

EXPED. Es que estos malditos trenes llegan cuando ya está uno para tirarse por la ventanilla. Ya ve usted. De Cuenca a aquí, diez horas.

MERCE. (Al mozo.) Entre usted por ahí y deje el baúl en ese cuarto.

MOZO. Con permiso. (Entra en primera izquierda.)

TADEO. ¡Ah! Te presento a Fe, mi mujer.

EXPED. Tanto gusto, señora.

MOZO. (Saliendo.) Ya está eso ahí.

TADEO. Toma. (Le da dos pesetas.)

MOZO. Gracias, y que haiga salú. (Mutis por el foro, seguido de Mercedes. Tadeo se pone a revolver unos papeles.)

FE. Cualquiera te hubiera conocido, chico; si cuando te dejé estabas todavía con el pantaloncillo corto. ¡Cómo te has desarrollado en estos años!

EXPED. Estos años que por usté no han pasao, porque está usté tan guapota como entonces

FE. Pero, ¿tú me recuerdas?

EXPED. ¡Anda! Me acuerdo cuando íbamos a su casa y nos subíamos al peral que caía sobre la ventana de su alcoba.

FE. ¡Ah, sí! Pues yo nunca me di cuenta de aquello.

EXPED. Pues yo sí.

TADEO. ¿Y qué tal, qué tal vienes de ánimos para el estudio?

EXPED. De primera. Todo el bachillerato lo he hecho en Cuenca con notas de sobresaliente, y ahora en la carrera no lo voy a echar a perder. Ya verá usté, ya verá usté como me aplico al estudio, y cuánto voy a saber cuando salga de aquí.

FE. (¡Me parece a mí que este niño sabe más de lo que le han enseñado!) (Se sienta en la «chaisse-longue» a leer un periódico y cruza las piernas, dejando ver toda la pantorrilla.)

TADEO. Pues si quieres lavarte y arreglarte un poco, este es tu cuarto; ven conmigo.

EXPED. Deje usted; yo iré solo.

TADEO. No, hombre; yo te acompañaré para que sepas dónde está la llave de la luz, el jabón; en fin, todo lo necesario.

EXPED. Pues pase usted, aunque estoy viendo que le voy a molestar.

TADEO. Quita, chico.

EXPED (Vuelve la cara y ve las pantorrillas a doña Fe.) Que lo estoy viendo, que lo estoy viendo. (Aparte.) ¡Rediez! ¡Qué panorama! (Mutis por la primera izquierda detrás de don Tadeo.)

FE. Caramba con el niño, que tiene un modo de mirar y una manera de decir las cosas, que va a haber que andar con él con pies de plomo. (Entra Mercedes por el foro.)

MERCE. Señora...

FE. ¿Qué quieres?

MERCE. Mire usté, señora; yo, la verdá, tenía que decirle a la señora una cosa... que... el caso es que no sé cómo decírsela.

FE. Pues lo más claro que puedas. ¿Que te ha salido alguna casa mejor?... ¿Es que quieres ganar más salario? ¿Es que ós habéis sindicado?

MERCE. No, no, señora... es que... ¡que esto es muy duro, la verdad!

FE. Pero, ¿el qué?

MERCE. Esto de que a una la tomen por una cualquier cosa, y crean que una es una... vamos, que una es otra...

FE. Mira, si no hablas más claro, no te entiendo una palabra.

MERCE. ¿La señora me promete que no se va a enfadar conmigo?

FE. Te lo prometo; pero revienta ya de una vez, que me tienes con el alma en un hilo.

MERCE. Pues sepa usté que el señor...

FE. ¿Don Tadeo?

MERCE. Don Tadeo, sí; su marido de usted, se ha dedicado a perseguirme y a hacerme el amor de una manera que...

FE. ¡Eh! ¿Que él?... ¡ah, canalla!

MERCE. Pero, cálmese la señora, que si no, no le

cuento nada; y si por mi culpa va a haber en esta casa un infierno, pues yo me callo y sufro como Dios quiera esta persecución.

FE. Sí, tienes razón, no debo excitarme; habla, habla. ¡Pero hasta ahora no ha habido nada!...

MERCE. ¡Señora! Usté me ofende. Sobre que si hubiera habido algo, no iba yo a venir a contárselo.

FE. Sí, tienes razón, tienes razón. Habla, cuéntamelo todo.

MERCE. Pues verá usté: el señor, tós los días, se me mete en la cocina mientras usté se levanta, y m dice unas cosas... y me hace unas promesas...; que si le gusto tanto y cuanto, que si a su lao no me va a faltar ná, que si me quiere meter a cupletista, o me quié meter a telefonista, o me quié meter... no sé a qué. Y toma, y dale, y pellizco por aquí, y abrazo por allá, y me coge una mano y quiere que yo lo acaricie a él, y me pone tan nerviosa que esta mañana fuí a coger el molinillo pa menear el chocolate y cogí una cosa que no era el molinillo.

FE. Pues ¿qué era?

MERCE. El palo de la escoba.

FE. ¿Y por qué no le diste con él en la cabeza?

MERCE. Eso debía haber hecho; pero he preferío venir a contárselo a usté pa que usté se dé por enterada con él, y nos sorprenda un día pa que él no sospeche que yo se lo he dicho, o, en fin, que haga usté lo que quiera. Y, sobre tó, que una quede en el lugar que le corresponde; porque una, aunque pobre, y aunque le esté mal el decirlo, es honrá y tiene novio; y si mi

novio llega a sospechar algo, pué que entonces las cosas tuvieran peor arreglo. (Llora.) ¡Ay, no quiero pensar si él se entera y puede sospechar que yo con el señorito!... ¡Vamos, que no!

FE. Sí; es verdad. Has hecho bien en decírmelo y mañana mismo, en cuanto él vaya a la c cina, voy yo detrás y... Pero, no, no. Esto no conduce a nada Lo sorprendería dándote algún pellizco... y una cosa tan ligera... él diría que era una broma, hija de la confianza... No, no. Hay que sorprenderlo de manera que no lo pueda negar.

MERCE. ¡Señora! Pero, ¿qué dice usté?

FE. Lo que oyes; sorprenderlo en tál forma que no lo pueda negar.

MERCE. Pero es que yo...

FE. No temas nada. Tú no tienes más que decirle que sí, que te has convencido, que no puedes resistir más tiempo su seducción... ¡Infame! ¡Viejo sátiro!

MERCE. Pero es que si yo le digo eso va a querer pasar adelante.

FE Y tú le dices que pase.

MERCE ¿Adelante?

FE. Adelante.

MERCE. Y me va a decir que quiere verme a solas en mi cuarto.

FE. Y tú le dices que esta misma noche, cuando todos duerman, lo esperas en tu alcoba.

MERCE. ¡Señora! ¿Que yo?...

FE. Y él irá a tu cuarto, lleno de pasión y de deseos...

MERCE. ¡Señora! Por Dios...

FE. Y allí estaré yo, ocupando tu puesto.

MERCE. ¡Ah! Comprendo... Pero eso no puede ser.

FE. ¿Por qué?

MERCE. Porque va a notar la diferencia.

FE. ¿Qué? ¿Que va a notar?... Pero oye, es que... ya...

MERCE. Señora, ¿qué supone usted?

FE. No; no supongo nada.

MERCE. Digo que va a notar la diferencia, porque en cuanto la vea a usted o la oiga hablar...

FE. Es verdad... Pero, espera, todo puede arreglarse.

MERCE. ¿Cómo?

FE. Porque tú le vas a decir a ese monstruo de maldad que consientes en todo, con la condición de que no te vea para evitarte la vergüenza de la caída y de que no te hable para que no te obligue a que le contestes con una voz que no te saldría de la garganta, por la emoción y por el remordimiento.

MERCE. Bueno, yo le diré todo eso... Ahora, que si él no quiere...

FE. Consentirá en todo, porque los hombres no reparan en condiciones cuando quieren conseguir alguna cosa. Irá a tu cuarto dispuesto a... hacerte desgraciada.. y no encenderá la luz, y no dirá esta boca es mía... Ahora, que luego el que no va a hablar va a ser él, aunque quiera, porque se va a quedar mudo de la impresión en cuanto se dé cuenta de que a quien ha hecho desgraciada es a mí, y de que lo que él creía el camino de la felicidad era una carretera que ya está harto de recorrer.

MERCE. (Riéndose.) Bueno, esto es una cosa muy arriesgá; pero me estoy riendo de lo que va a ser la escena a obscuras y sin palabras. ¡Ja, ja!...

FE. Tú ríete lo que quieras; pero prométeme que lo harás todo como te lo he dicho.

MERCE. Sí, señora; se lo prometo. En cuanto que me aborde, lo cito pa esta noche.

FE. Y lo demás es cuenta mía. ¡Infame! ¡Mal marido! ¡Ya verás la que te aguarda! ¡Ya verás qué noche de estreno te preparo! Reprise, y gracias.

MERCE. ¡El viene!

FE. Que no sospeche... Anda.

MERCE. Pues hasta luego. (Aparte.) Esto de ver en otra persona cómo una misma se pierde sin perderse, debe ser entretenido. (Mutis foro.)

TADEO. (Saliendo de primera izquierda y como hablando con Expedito.) Cuando estés listo, cenamos; pero no te des prisa, que todavía nos falta media hora...

FE. (Aparte.) ¡Canalla!...

TADEO. Es muy simpático ese chico, y parece muy despierto; ahora que debemos tener mucho cuidado con él no vaya a pervertirse aquí en Madrid, y luego su padre...

FE. Como que aquí en Madrid hay mucho sinvergüenza

TADEO. ¡Lo que hay son unas mujeres!...

FE. ¡Cómo!

TADEO. Unas mujeres que incitan a todos los pecados, que ponen a los hombres en el camino de la perdición.

FE. Sí; las hay...

TADEO. Claro que si todos los hombres fueran tan íntegros, tan morales, tan incorrúptibles como yo... Ya podían esas mujeres emigrar a otros países.

FE. Claro, claro; ¡si todos fueran como tú que no miras a nadie, que no deseas a ninguna, que no quieres más que a tu mujercita!... (Aparte.) ¡Habrá cínico! (Fijándose en el batín de él.) Pero, hombre, ¡qué desastrado eres!

TADEO. ¿Por qué?

FE. ¿No ves que se te está cayendo esta presilla?

TADEO. ¡Psch! No me fijo en esos detalles de mi indumentaria. Yo no he de enamorar a nadie...

FE. Tú me has enamorado a mí, ¿verdad, vidita?

TADEO. Anda, pégamela.

FE. Eso debía hacer, pegártela; pero yo a esta luz no veo bien, y además voy a arreglarme un poco para la comida. Llamaré a Mercedes para que te la cosa.

TADEO. No me gustan las confianzas con las chicas; pero si te empeñas de ese modo y tú te vas a arreglar, llámala, me arreglaré yo con Mercedes. Que sea ella quien me la pegue.

FE. Y ya verás, ya verás lo bien que te la pega ella. (Aparte.) ¡Canalla! (Llama.) ¡Mercedes! ¡Mercedes! (Aparte.) Le facilitaremos la ocasión.

TADEO. (Aparte.) ¿Habrá inocente? Ella misma me facilita mis deseos de encontrarme a solas con Mercedes.

MERCE. (Apareciendo por el foro.) ¿Me había llamado la señora?

FE. Sí; mira esa presilla del batín del señorito que está desprendida. Cósesela.

MERCE. Quítese usté el batín.

TADEO. El caso es que...

FE. (Haciéndole señas de inteligencia a Mercedes, que al fin las comprende.) Se puede quedar frío si ahora se anda mudando. Así mismo, puesto, se la cosas en un momento.

TADEO. ¡Claro, mujer! (Hace también señas de inteligencia a Mercedes.) Puesto, puesto, ¿no ves que me voy a quedar frío?

MERCE. Bueno, pues puesto. (Coge de encima de una

silla, en la que habrá un costurero, el dedal, que se pone, la aguja y el hilo.)

FE. Yo mientras voy a arreglarme un poco. (Aparte.) ¡Mi venganza será terrible, Tenorio averiado! (Mutis derecha.)

TADEO. (Aparte.) ¡Si no aprovecho esta ocasión soy un primo! (A Mercedes.) Anda, acércate.

MERCE. (Que está tratando de pasar el hilo por el ojo de la aguja.) Ya voy.

TADEO. ¿No aciertas?

MERCE. No atino.

TADEO. Si quieres que yo te la enhebre...

MERCE. No, ya está; es que tengo unos nervios que...

TADEO. Yo también estoy nervioso, y es al verte cerca de mí, como siempre quisiera yo tenerte... (Ella se ha acercado a él y le está cosiendo la presilla del batín. El la mira codiciosamente.) si tú no fueras tan esquiva y me quisieras nada más que un poquitito así...

MERCE. Vamos, señorito; cállese usted que estoy muy nerviosa y me he dado ya dos pinchazos.

TADEO. ¿A ver? ¿Aquí en esta manita? (Le toma una mano.)

MERCE. Sí; en este dedo.

TADEO. (Besándole la mano.) ¿En este dedito de rosa?

MERCE. (Mostrándole con mucha inocencia el dedo del corazón.) No; en éste.

TADEO. ¡Caray! (Volviéndola a besar en la mano.) También es muy precioso, también...

MERCE. Por Dios, que puede venir la señorita... (Aparte.) Este primo no sabe lo que le aguarda.

TADEO. (Mirándola el cogote.) ¿Oye, y este lunar es natural o es una mota?

MERCE. Es natural.

TADEO. ¿Y no me vas a dejar que te lo bese?

MERCE. ¡Es natural!

TADEO. Pero si yo te cojo descuidada y te lo beso...

MERCE. Que puede venir la señorita...

TADEO. Nunca me has hablado como hoy.

MERCE. ¿Cómo?

TADEO. Así con esta dulzura, con esa dejadez... (Intenta abrazarla.)

MERCE. Señorito, que va usté demasiado de prisa.

TADEO. ¡Ah! ¡Qué felicidad siento al oirte! De manera que no me rechazas del todo como otras veces, que no me reprochas más que el ir de prisa; de modo que si modero un poco el paso ..

MERCE. (Fingiéndose avergonzada.) Señorito... que yo no he dicho...

TADEO Adorable doncellita: Eso es que has pensado mejor en mis proposiciones, Pues claro, muchacha; ya verás qué diferencia de vida; tú gastarás, triunfarás, serás la aspiración de todos los hombres y la envidia de todas las mujeres...

MERCE. Señorito... Don Tadeo...

TADEO. No me llames señorito; llámame Tadeo a secas; Tadeíllo, tu Tadeíllo...

MERCE. ¡Qué vergüenza! Si la señora se enterara... No; que yo no quiero, vaya.

TADEO. Pero, ¿qué porvenir es el tuyo si no te decides? Criada de servir, hasta que realices la aspiración de una mujer de tu clase; casarte con un obrero que unos días no tenga trabajo, otros días se emborrache, otro día te ponga la mano encima, y lo que es peor, te llene de hijos...

MERCE. Pues sí; tiene usté razón; estoy decidida. (Muy avergonzada.) Haga usté de mí lo que quiera.

TADEO. ¡Bendita seas! (La abraza y la va a besar.)

MERCE. Pero ahora, no.

TADEO. ¿Luego?

MERCE. Luego.

TADEO Yo iré a tu cuarto cuando la señora se haya acostado y ..

MERCE. Pero me va a dar mucha vergüenza de que usté me vea...

TADEO. No encenderé la luz.

MERCE. ¿Me lo promete usté?

TADEO. Prometido.

MERCE. Y otra cosa le quiero pedir.

TADEO. Pide; que tu boca será medida.

MERCE. Que no me hable usted nada.

TADEO. ¿Por qué, tonta? ¿Cómo te voy a decir lo que te quiero?

MERCE. Ya me lo dirá usted otro día cuando no tenga yo tanta vergüenza. Es que si usté me habla yo no podré contestarle, porque... (Aparte.) ¿Qué me dijo doña Fe? ¡Ah! Sí. (A Tadeo.) Porque no dejarán salir la voz de mi garganta la emoción y el remordimiento.

TADEO. Como tú quieras.

MERCE. (Por la presilla.) Ya está esto arreglado.

TADEO. Di mejor que ya está todo arreglado. Conque, ¡hasta luego!

MERCE. Hasta luego. ¡Qué bochorno! (Inicia el mutis.)

TADEO. ¿Y no me das nada a cuenta?

MERCE. No; puede venir la señorita...

TADEO. Un pequeño anticipo...

MERCE. ¿Para qué quiere usted que le dé ahora nada, si luego lo va usted a tener todo? (Mutis.)

TADEO. A obscuras, sin palabras y la... ¡Menuda sesión de cine se me prepara! (Se pasea satisfecho, frotándose las manos, y sale Expedito de la primera izquierda, lavado, peinado y acicalado.)

EXPED. ¡Caramba, don Tadeo, qué contento lo encuentro a usted! Me parece que si tardo

un poco más en salir lo encuentro bailándose unas sevillanas.

TADEO. Como que el caso no es para menos. Figúrate tú que... la... que... Bueno; no te lo puedo decir; pero estoy muy contento.

EXPED. Apuesto a que hay algunas faldas por medio.

TADEO ¡Muchacho! ¿Qué dices? ¿Qué sabes tú de estas cosas?

EXPED. ¡Mucho!

TADEO. ¡Ah! Pero, ¿es que en Cuenca...?

EXPED. Allí no se puede nunca tener una aventurilla. Entre lo severos que son mis padres y lo chismosa que es la gente, en cuanto uno se mueve se entera el Obispo.

TADEO. ¿La gente allí es...?

EXPED. ¡Uf! Se mueren por un chisme.

TADEO. Como aquí.

EXPED. Conque calcule usted si hubiera tanto así de base. Por eso yo estaba deseando acabar el preparatorio y venirme a Madrid a estudiar.

TADEO. Pero, chico, ¿es que tú vienes dispuesto a dedicarte aquí a la vida de amores y de conquistas? ¡Ah! Ya te vigilaré yo, y en cuanto te escurras se lo escribiré a tu padre.

EXPED. Usted no hará eso, porque eso sería matarme. ¡Ah!, y me mataría..

TADEO. ¿Eh?

EXPED. Me mataría la tristeza. Además, que yo seré un buen estudiante, porque para todo hay tiempo; pero en mis horas de recreo no crea usted que voy a jugar con usted al ejedrez ni a hacer solitarios.

TADEO. Si te parece jugaremos a las damas.

EXPED. Eso, eso; a las damas; pero usted por su lado y yo por el mío.

TADEO. Oye, ¿sabes que tienes bien puesto el nom-

bre de Expedito? Es que yo no he visto nadie más expedito que tú.

EXPED. Señor, si además lo necesito para mis estudios.

TADEO. ¿Para tus estudios?

EXPED. ¡Naturalmente! ¿No ve usted que una de mis asignaturas es Anatomía? La teoría la estudio en el libro; pero lo que es la práctica... para la práctica busco yo un ser viviente y, a ser posible, llenito, y en un año no me queda una parte del cuerpo por estudiar.

TADEO. Pero, ¿tú sabes lo peligroso que es en Madrid lanzarse a la busca y captura de un modelo así?

EXPED. ¿Y usted sabe lo peligroso que es para un chico de diez y ocho años no encontrarlo? ¿Usted no ha tenido también diez y ocho años?

TADEO. Tienes razón, y para que veas que yo no soy tan severo como tu padre, yo te voy a ayudar a que encuentres lo que buscas.

EXPED. ¿Usted?

TADEO. ¡Yo! Y, vamos, te diré ahora la causa de mi alegría de antes.

EXPED. ¿Qué es ello?

TADEO. ¿Te has fijado al entrar en Mercedes, nuestra doncellita?

EXPED. ¿Cómo que si me he fijado? Se me iban los ojos detrás de ella.

TADEO. ¿Te gusta?

EXPED. Una burrada.

TADEO. ¿Y estarías dispuesto por ella a hacer...?

EXPED. ¡Una burrada!

TADEO. Entonces, ¿si yo te dijera que ella podía ser ese tomo de Anatomía...?

EXPED. ¡Ay, don Tadeo! Usté es mi padre. ¡Mi ideal! ¡Una doncella! ¡Pero!...

TADEO. Oye. Yo hace mucho tiempo que le tenía

puesto cerco a esa plaza, que parecía inexpugnable; pero tengo una fuerza de persuasión, un no sé qué irresistible, que hoy se me ha rendido a discreción.

EXPED. ¿Y qué tal, qué tal?

TADEO. Todavía nada. Me ha dicho que esta noche en cuanto acabemos de cenar y todos se acuesten vaya yo a su cuarto y...

EXPED. ¡Ya, ya! ¡Vaya una suerte! ¿Y usted me va a recomendar a ella?

TADEO. Hombre, no seas estúpido; esa recomendación no se puede hacer.

EXPED. Entonces...

TADEO. Como ella me ha impuesto la condición de que no encienda la luz y de que no le hable para evitarle el sonrojo al verme y el embarazo al contestarme, yo voy esta noche a su cuarto; pasa... lo que tenga que pasar...

EXPED. ¡Que tiene que ser muy rico!...

TADEO. Yo salgo un momento sin que ella se dé cuenta, te aviso a ti para que me sustituyas; tú entras sin decir esta boca es mía ..

EXPED. Y segundo acto de la misma...

TADEO. Luego te escurres tú, como yo, cuando haya pasado un rato...

EXPED. ¡Muy largo!

TADEO. Vuelvo a entrar yo, y todos contentos.

EXPED. Y usted ha quedado a los ojos de ella como el Cid Campeador.

TADEO. Y tú habrás encontrado una ocasión que ni pintada para pasar un rato con la doncella.

EXPED. Eso usted. Cuando yo entre, ya no será la doncella, sino la favorita de usted.

TADEO. Bueno, no pongas reparos. ¿Te conviene la favorita?

EXPED. Por mí, aunque sea la «Africana».

TADEO. Calla y disimula, que viene mi mujer. Ya

sabes, después de cenar, cada mochuelo a su olivo.

EXPED. Sí; pero, ¿no se cena en esta casa?

FE. (Que ha salido a tiempo de oir la última frase.) Qué, ¿hay apetito? Eso es el viaje que te lo ha abierto. Por mí, vamos a comer, que yo también lo tengo.,.

EXPED. Yo no sé usted cómo lo tendrá; pero yo lo tengo de par en par.

FE. ¡Mercedes! ¡Mercedes!

MERCE. (Saliendo.) Mándeme usted, señora.

FE Vamos a cenar. (Aparte a ella.) ¿Qué?

MERCE. (Aparte a Fe.) Después de cenar irá a mi cuarto (Mutis foro.)

FE. Antes iré yo (A Tadeo.) Ya veo que te arreglaste con Mercedes.

TA. Y EX. ¿Eh?

FE. Para que te cosiera el batín.

TADEO.. ¡Ah! Sí; ya quedó todo listo.

FE. (A Expedito.) La cena no será una gran cosa, modesta...

EXPED. Mejor; la cena cuanto más corta, mejor. ¿Verdad, don Tadeo?

TADEO. Eso creo yo también; la cena no debe durar mucho; lo preciso para sostenerse, y a la cama en seguida. Si de noche todo hace daño...

FE. (Aparte.) ¡Qué cínico! (Alto.) Pues a la mesa.

TADEO. A la mesa. (Se sientan los tres. Fe frente al público, Tadeo a su izquierda y Expedito a su derecha, y aparece Mercedes por el foro trayendo la comida en una fuente. Sirve la cena a los tres por el orden en que están colocados.)

FE. ¿Qué es esto?

MERCE. Arroz con salchicha.

FE. No tiene mala cara la salchicha esta.

TADEO. Pues anda, sírvete lo que quieras. A ésta le gusta. (A Expedito por Fe. Mercedes ha ser-

vido a Fe, y ahora está al lado de Expedito, que la mira embobado y no acierta a echarse.) ¡Bueno, es una mujer de primera! (Ahora Mercedes está sirviéndole a Tadeo, que se sirve con la mano derecha lo que queda en la fuente, mientras con la izquierda le coge a Mercedes un pellizco en la parte posterior, que es la que está frente al público, pues está inclinada sirviendo la mesa.)

FE. ¿Tú tomas vino, Expedito?

EXPED. Sí, señora. (Pone la copa para que ella se la llene. Mercedes se ha ido por el foro. Fe le echa vino en la copa a Expedito y derrama un poco en la mesa.)

FE. ¡Ay!

TADEO. ¿Qué haces mujer? Ten cuidado.

EXPED. (Mojando los dedos en el vino vertido y pasándoselos por el pelo.) Nada, esto es alegría, alegría.

FE. No se qué me pasa, que estoy así como excitada...

EXPED. Yo tampoco estoy tranquilo y parece que salto en la silla. Debe de ser la nerviosidad del viaje.

TADEO. No; del viaje, no. Debe de ser el tiempo; porque yo no he venido en el tren y estoy así como si tuviera una pila eléctrica...

FE. Sí, es el tiempo, el tiempo.

EXPED. (Aparte) El tiempo que falta para la... (Aparece Mercedes por el foro con otra fuente y unos cubiertos. Quita de la mesa los platos sucios y los cubiertos y los pone en otra mesa o en cualquier silla, pone los cubiertos limpios y sirve como antes.)

FE. ¿Qué traes aquí?

MERCE. Jamón con tomate.

FE. Anda; sírveme tú, Tadeo.

TADEO. (A Mercedes.) Ven por aquí. (Mercedes se pone al lado de Tadeo, que le coge una cadera disimuladamente.) ¡Buen jamón! ¡Buen jamón!

FE. Ese pedazo no, que tiene mucho tocino; ya sabes que a mí lo que me gusta es el magro.

TADEO. ¡Ahí va! (Le pone a Fe jamón. A Expedito.) ¿Te pongo a ti?

EXPED. Gracias; yo ya no quiero más.

TADEO. Yo tampoco.

FE. Pero, ¿nó hán cenado ustedes nada? Luego tú vas a estar débil.

TADEO. No lo creas. ¡Para lo que tengo que hacer!

EXPED. ¿Qué tiene usted que hacer?

TADEO. Lo de todas las noches.

FE. ¡Nada!

TADEO. Irme a la cama, en cuanto nos levantemos de la mesa, como un bendito.

EXPED. Pues yo también estoy rendido, y me parece que la pulga que a mí me pique esta noche...

FE. Pues lo que es yo, no he de ser la última que se acueste.

TADEO. Como verás, esta familia es un espejo de moralidad y de buenas costumbres.

FE. Mírate tú en este espejo.

EXPED. Eso he de procurar, imitar á don Tadeo en todo, hacer cuanto él haga y ser un digno sucesor suyo.

FE. (Levantándose.) ¡Ea! Pues, Mercedes, quita todo esto, que yo me voy a acostar.

MERCE. ¿No toman postre los señores?

FE. No, no quiero nada.

TADEO. Ni yo.

EXPED. Ni yo; no lo tomo nunca... (Mercedes quita las cosas de la mesa, mientras Tadeo y Expedito se pasean, queriendo silbar para disimular su impaciencia, y Fe observa a Tadeo disimuladamente.)

FE. Buenas noches; hasta mañana y descansar.

TADEO. Hasta mañana; buenas noches.

EXPED. Muy buenas noches.

TADEO. (Aparte a Mercedes.) Hasta luego.

FE ¿Eh? (Volviéndose.)

TADEO. Nada; le decía a éste que hasta mañana. (Fe hace mutis por la derecha, Expedito por la primera izquierda, Mercedes por la segunda izquierda y Tadeo por el foro derecha. Mercedes al salir apaga la luz, y todos dicen a una vez.)

LOS 4. ¡Hasta mañana!

Música.

(La orquesta toca un nocturno que ha de durar hasta el final del cuadro. Todas las pasadas de los personajes y lo que se habla hasta el final es sobre la orquesta. Después de unos compases, sale Mercedes de su habitación, vestida como estaba, y cruza la escena a tientas.)

MERCE. ¡Qué sorpresa se va a llevar el pobre señor! (Hace mutis por la primera derecha. A poco tiempo sale de la derecha Fe, en salto de cama; atraviesa a tientas la escena.)

FE. ¡Quién me había de decir a mí esta tarde que, después de tanto tiempo, iba a ir a la primera cita amorosa con mi marido! (En este momento está en el centro de la escena y se orienta por la mesa.) ¡Y no se quejará de mi trajecito de desposada! (Hace mutis por la segunda izquierda. A poco tiempo sale del foro izquierda con Tadeo, vestido con un pyjama de seda y unas zapatillas. Se dirige a tientas a la segunda izquierda.)

TADEO. Por fin se me ha presentado ocasión de estrenar el pyjama. Y que como noche de estreno, yo estoy decidido a pagar derechos dobles. (Mutis segunda izquierda. Hay una pausa más larga y sale Expedito de su cuarto también vestido con un pyjama muy llamativo y se pasea nervioso, tropezando alguna vez con los muebles.)

EXPED. ¿Será ya la hora del relevo? (Se tropieza con la mesa.) ¡Caray! ¿Qué es esto? ¡Ah! La mesa. (Orientándose.) Luego el cuarto de Mercedes está por aquí. (Va hacia él y escucha.) No se oye nada... ¿Habré venido demasiado pronto? Bueno, es que la impaciencia me devoraba. (Dando un salto como el que escucha algo alarmante.) ¡Recuerno! (Da dos o tres paseos muy nervioso.) Bueno, es que creo que se me ha indigestado la salchicha. ¡Y no sale! Ese tío es un abusón. No, pues cuando yo entre, no me sacan de ahí ni con grúa. (Se acerca otra vez a escuchar a la puerta.) Parece que ya se oyen pasos... Sí; ya viene, ya viene. (Aparece por la segunda izquierda Tadeo con cara de gran satisfacción, pero sin una gran firmeza al andar. Tomándole de una mano para que le reconozca y llamándole en voz baja.) ¡Don Tadeo!

TADEO. ¿Eres tú?

EXPED. Sí. ¿qué tal?

TADEO. Dos; dos veces he estado para salir, y no he podido.

EXPED. Pues allá voy yo.

TADEO. Buena suerte, y ya sabes; ni una palabra.

EXPED. Descuide usted; ¡para hablar voy yo!... (Mutis segunda izquierda.)

TADEO. ¡Vaya una suerte de muchacho! Venir esta tarde de Cuenca, antojársele hacer esta noche una excursión en automóvil y encontrarse una carretera libre de obstáculos y un Mercedes para lanzarse a noventa por hora. (Se oye ruido en la habitación de la izquierda como de voces y disputa. Don Tadeo enciende la luz.) ¿Eh? ¿Qué es eso? (Sale Expedito de la izquierda muy alterado.) ¡Expedito! ¿Qué pasa?

EXPED. Que no...

TADEO. ¿Que no qué?

EXPED. Esto no se hace con nadie. Que no... que no... que no está...

TADEO. Tú estás loco.

EXPED. Que esa no es.

TADEO. Vamos a verlo. (En este momento sale Mercedes de la derecha, vestida como antes, y al ruido que hace al entrar se vuelve Tadeo y la ve, quedando aterrado al darse cuenta de la situación.) ¡Eh! ¡¡Tú!!

MERCE. Sí, yo; pero yo no quería, fué cosa de la señora...

TADEO. Entonces, ¿yo?... ¿Este?...

EXPED. No, yo no; que me registren.

TADEO. ¿Y cómo me justifico yo mañana? (Va a pegarle a Expedito con una silla y Mercedes lo sujeta. Los tres quedan formando cuadro. Cae en primer término un telón en el que hay pintada una gran hoja de parra y escrita en uno de sus extremos esta redondilla.)

Cubra la escena arriesgada
esta hoja providencial.
Se ha salvado la moral
y aquí no ha pasado nada.

FIN DEL CUADRO SEGUNDO

CUADRO TERCERO

TRAJE LIGERO

Una decoración fantástica cualquiera. El rompimiento que sirve de marco al cuadro tiene ahora en su parte transparente el letrero qne da título al cuadro: «Trajes ligeros».

Música.

(Sale por una lateral el actor vestido de frac como al principio y dice hablando sobre la orquesta.)

ACTOR. Para este cuadro tercero
tengo yo que estar delante.
Este es el traje ligero,
y como es más incitante
y hay peligro verdadero
de que intente algún osado,
viendo a las chicas tan frescas,
cometer un atentado,
y aquí no se quieren grescas,
que dan muy mal resultado;
vengo yo de autoridad,
suplicándoos el favor
de sosiego y frialdad.
No hay aquí inmoralidad,
ni ataques contra el pudor.

Unas hembras ideales,
de líneas esculturales
que dan al verlas mareos,
pero con trajes iguales
se admiran en los museos.
No hay, pues, motivo fundado
para ponerse ceñudo.
Que sea de vuestro agrado
esta fiesta del desnudo,
y colorín colorado.

(Salen cinco tiples con «maillot» color de carne media negra hasta la mitad del muslo y ligas por encima de la rodilla de distintos colores. Llevan zapatos de charol negros con tacón muy alto. Sombreros muy llamativos con grandes plumas y capas o salidas de teatro hasta la mitad de la pierna y sombrilla muy alta en una mano. Estas capas son de diferentes colores por fuera y negras por dentro. Las llevan puestas y cerradas para que haga el efecto de que van vestidas. Cuando la música lo marque, se abren las capas, cogiendolas de las dos puntas, y un momento dejan ver al público su cuerpo que destaca sobre el fondo negro de las capas. Hay que advertir que en la parte de su cuerpo, que pudiéramos llamar el calendario, porque es donde se colocan las hojas, lleva cada una una hoja de parra, adherida a la malla. Cuando las cinco están frente al público, ataca el cuplé.)

I

EVAS. La falda tanto se va subiendo
y tanto el cuerpo también se escota,
que si esto sigue, ya me estoy viendo
por esas calles casi en pelota.
Si el rubor mi faz colora
o el desnudo me acatarra,
estos males aminora
la hoja de parra.
En los tiempos prehistóricos

fué la hoja cosa típica,
pero en estos años últimos
resulta sicalíptica.
Pero el día en que volvamos
al Paraíso terrenal,
la caída de la hoja
será lo más natural.

(Evolucionan.)

II

Con este traje la Eva moderna
no habrá capricho que no consiga;
luce la liga sobre la pierna,
y puede al hombre cazar con liga.
Si huye alguno la pelea,
el recurso nunca marra;
no resiste en cuanto vea
la hoja de parra.
En los tiempos pretéritos
el vestido fué carísimo,
y es así más económico,
aunque es más sicalíptico.
Pero el día en que volvamos
al Paraíso terrenal,
la caída de la hoja
será lo más natural.

(Evolucionan y hacen mutis todas.)

Hablado.

(Sale Isabelo, tipo muy afeminado y con un traje de hombre lo más parecido posible al de una mujer.)

ISAB. Buenas tardes.

ACTOR. ¡Eh! ¿Quién?

ISAB. Soy yo, Isabelo, que me he enterado que aquí se cxhibían trajes atrevidos y me he colado sin que el portero lo advirtiera, porque yo quiero ver todo esto.

ACTOR. ¿Pero no sabe usted que esto no se puede ver?

ISAB. Tiene usted razón; este trajecito de la hoja no puede verse sin sentir vértigos, y eso que estamos en primavera.

ACTOR. ¿Y qué?

ISAB. Que esto cuando habrá que verlo será en otoño, a la caída de la hoja.

ACTOR. Hombre, es usted un tipo de gracia, y le permito que me acompañe en esta exhibición; además, su traje es de los más atrevidos que conozco.

ISAB. ¡Ay! Que le he gustado. Caprichos de mi sastre, que...

ACTOR. Historias, no, y ponga usted atención, que va usted a ver todo lo atrevido que puede ser el traje de una paleta de esas de aparejo redondo.

ISAB. Me gusta; me va a mí eso del aparejo.

(Sale una tiple vestida de paleta con un traje de los que llaman de aparejo redondo. El efecto es que va muy bien vestida y que nada tiene que ver este traje con el título del cuadro; pero hay que advertir que el traje no es más que la parte delantera, y que al volverse para hacer mutis, el público ha de verla de malla por detrás.)

Música.

I

De mi pueblo me han mandao
pa que sirva yo en la corte,
y aquí a todos he chocao
por mi facha y por mi porte.
Porque soy una persona
de lo más inocentona
que se puede imaginar,
tan tontona, tan bobona,
tan simplona y tan sosona
que de mí van a abusar.

Por eso yo quería
hallar aquí acomodo,
que asegura quien me envía
que yo sirvo para todo.

II

Como yo no soy muy fea,
me dijeron mis parientes,
al marcharme de la aldea,
los consejos más prudentes.
De los pollos y los viejos
yo procuro estar muy lejos,
pues ninguno es de fiar;
en Madrid hay mucho tuno,
y no es bien que vaya alguno
a mi novio a reemplazar.
Por eso no quisiera
tener un mal encuentro,
porque a mí verme por fuera
es como verme por dentro.
(Se vuelve de espaldas y hace mutis.)

Hablado.

ACTOR. Y ahora vamos a ver unas vendedoras de caramelos de menta

ISAB. No; menta, no, después de todo lo que hemos visto. Yo no la necesito.

ACTOR. Ni yo tampoco; pero si viera usted qué bien le sienta a algunos, y qué consumo hacen de este excitante.

ISAB. Pues vamos a ver la menta. (Obscuro. Al hacerse la luz aparece en el centro de la escena una artística bombonera sostenida por tres figuras de mujer. Al atacar el número de música las tres mujeres avanzan al proscenio.)

Música.

I

Si tardas en las cosas
más de la cuenta,

toma mis caramelos
que son de menta.
Toma y chupa,
pero no chupes muy fuerte
no te vayas a hacer pupa.

I

Si has cumplido los cincuenta,
el calor ya te sofoca
chupa un poquito de menta
que refresca bien la boca.
Y si en la boca notaste
que refrescándote vas,
para borrar el contraste
te echa chispas lo demás.
Toma y chupa,
toma y chupa,
pero no chupes muy fuerte
no te vayas a hacer pupa.
Toma, cielo;
toma, cielo;
toma y chupa el caramelo,
chupa que te chuparás,
que aunque estés hecho un abuelo
a los quince volverás
y me lo agradecerás.

II

Si trabajas con exceso
y se agota el organismo,
aunque yo te diera un beso
te ibas a quedar lo mismo.
Si en vencer esa fatiga
tardas tú más de la cuenta
y quieres que no se diga,
toma un poquito de menta.
Toma y chupa...

(Después del estribillo de cada cuplé, las tres tiran al público unos paquetitos de caramelos de menta.)

(Al terminar el número, las tres se vuelven a colocar como al principio, y en el obscuro desaparecen las figuras y la bombonera y se hace la mutación. La decoración representa la Gloria, y entre las nubes se destacan pintadas tres estatuas: la de Quevedo, la de Bocaccio y la de Rubéns. Debajo de cada monumento hay pintada también en el telón unas figuras que representan las creaciones de estos genios. Delante de la estatua de Quevedo hay un hombre y una mujer, con trajes de la época, figurando sostener un diálogo. Delante de la estatua de Bocaccio hay pintada esta escena: un mueble, debajo del cual se ve la cabezaa de un marido y sobre el mueble la mujer con el traje abierto y en actitud indolente, y a su lado un mercader que la abraza y la besa y está dispuesto a pasar a cosas mayores. Delante de la estatua de Rubéns está reproducido su famoso cuadro «Las tres Gracias». Las estatuas y las escenas se han de iluminar por transparencia de manera que el público vaya viéndolas sin que el resto de la decoración se vea hasta el momento oportuno. Las estatuas se van iluminando a medida que el primer actor va hablando, y al empezar no debe haber en el teatro más luz que la de los reflectores de la embocadura. Luego las luces que hay detrás de cada motivo de la alegría y al final toda la luz del escenario.)

ACTOR ¡Quevedo! ¡Bocaccio! ¡Rubéns!

(Se han ido haciendo visibles las tres estatuas.)

Artistas que en otro tiempo
la gloria alcanzar lograsteis
con vuestros atrevimientos.

(Se iluminan las tres escenas descritas.)

Homenaje a vuestra fama
sea este cuadro postero,
y amparad con vuestros nombres
nuestro alarde y nuestro intento.

(Ahora se da toda la luz al escenario y se ve por entero la decoración. Todas las figuras de la obra

están agrupadas artísticamente en actitud de acatamiento a las figuras representadas en el telón. Al público.)

La revista ha concluído;
si algo le ha desagradado
mañana será cortado
y al punto sustituído.
Pero si te has divertido,
sin faltar a la moral,
y no te parece mal
cuanto aquí viste y oiste,
no te pongas ahora triste
y no amargues el final.

TELÓN

OBRAS DE LÓPEZ MONÍS

COMEDIAS

El adivino.
La jaula del loro.
El sombrero hongo.
La torta de Reyes.
¡Pobre España!
La caída. (Segunda edición.)
La bella Colombina. (Dos actos.)
El último duelo.
En casa no comemos...
¡Por vida de Don Quijote!
La risa.
El buen señor...
La vida burguesa. (Dos actos.)
El Rey del Tabaco. (Tres actos y prólogo.)
El tío político. (Dos actos)
¡Qué perros son tóos! (Entremés.)
Rómulo y Remo.

ZARZUELAS

El maestro Catón, música de Rubio y Estellés.
Concurso universal, música de Valverde (hijo) y Calleja.
El beso de San Silvestre, música de Foglietti.
Las de Capirote, música de Calleja y Lleó.
La caprichosa, música de Vives.
La Cocotero, música de Valverde (hijo).
Noche de estreno, música de Foglietti.
Sangre torera, música de Vives.
Las doce de la noche, música de Foglietti. (Segunda edición.)
La mujer del prójimo, música de Calleja.
¡Hasta la vuelta!, música de Calleja.
¡Ese es mi hermanito!, música de Foglietti.
El que paga descansa, música de Foglietti. (Tercera edición.)
El mesón de la Alegría, música de San Felipe.

Vida de Príncipe, música de Luna y Foglietti.
La Princesa rubia, música de Cabas.
La moza bravía, música de Cabas.
La golferancia, música de Marquina.
¡Si yo fuera Rey! (Dos actos.) Música de Serrano.
El Conde se luce en Burgos, música de Penella. (Estrenada en Buenos Aires.)
¡Si yo fuera Rey! (Un acto.) Música de Serrano.
La viudita, música de Foglietti y Faixá.
La voz de la calle, música de Foglietti y Cabas
El niño de Triana, música de Hernández y Mateos.
El buen ladrón, música de Barrera.
El alma de Garibay, música de Barrera.
La Venus de piedra, música de Alonso y García Álvarez.
La venganza de Arlequín, música de Quinito Valverde.
Las buenas almas, (Dos actos) música de Ubeda y García Álvarez.
Una nochecita clara, música de Juan A. Martínez.
El soldado de Nápoles, música de Alonso.
¡Granada mía! (Dos actos.) Música de Barrios.
El suspiro del moro, música de Luna y Fuentes.
Los nuevos ricos, música de Faixá.
Blanco y Negro, revista ilustrada. (Dos actos.) Música de Millán.
Los restauradores, música de Fuentes y Martínez.
El Imán, música de Fuentes.
La Dogaresa. (Dos actos.) Música de Millán.
El Gran Premio (Dos actos) música de Faixá.
El Pájaro Azul. (Dos actos.) Música de Millán.
La hoja de parra, música de Fuentes.

OBRAS NO TEATRALES

El papel vale más.—Colección de composiciones en verso, con prólogo de Sinesio Delgado.
Verdes y Blancos.—Colección de couplets.
Si es broma, puede pasar.—Novela.

Precio: 2 pesetas